

pulgar

El pulgar se entinta y deja una marca, un borrón en espiral, un sello. Si tratamos de descifrar lo sucedido el día antes de que la niña se sentase en el poyo que hay en la plaza, los puños estarán bien cerrados, nadie habrá abierto la puerta de casa, ni habrán llegado de trabajar.

Adentro se oirá el ruido de una televisión. Los dedos lucharán y se revolverán bien tensos para saber dónde propinar el próximo golpe. Un garaje, el de la casa, frente a la ventana, la persiana interior de la que cuelga un cordel áspero, el borde de un río. Todo huele a aceite quemado, a sal Maldon, a un desierto lleno de árbolesapestados que parece venir de afuera. Urge. No hay piedad. El cuello agrietado por las venas y teñido de un púrpura travieso y obstinado. Alguien se sonroja al recordarlo y se parte la nariz contra las palmas de las manos cuando gesticula un *qué vergüenza, aquel o aquella no era yo*. Despistados. Los vecinos no están atentos a lo que pasa y podrían estar discutiendo sobre cualquier cosa, como por ejemplo hacer crujir los colchones a la vez que alguno muerde la almohada para evitar un sollozo excesivamente sonoro. No hay testigos. Puede que sea estúpida la vergüenza que todos temen, la que se manifiesta aunque nadie les haya

visto. Bajo la piel se esconde una cornamenta con su punta ovalada que empuja contra las cuerdas y arrincona y les hace perder la consciencia sobre una lona parecida a una pared acolchada que tiembla cuando alguien se dispone a cruzarla o penetrar en ella. Nadie fuma todavía. Hace calor. El vapor ablanda los ánimos y se estremece en la parte anterior a donde se doblan las extremidades. Algo se puede caer en cualquier momento porque la estantería se abalanza. Los puños se abren por fin y oran, viscosos, los caminos como sombras que han perdido la referencia de la forma que les acompaña. Se extravían. Los dedos también se acaban perdiendo y calculan un movimiento algebraico para ser salvados y hasta hacen cosquillas cuando se rozan y atemperan contra una especie de calor ajeno. Se revuelve. Una inconformidad de ella le anula y le retiene presa de un vicio que era un juego y que a su vez podría ser enfermizo. Aprieta, y aunque ese día hubiese hecho frío y llovido, se hubiera intentado tender la ropa. Los deseos se escurren y prefieren que haga viento y todo vuele hacia ningún lugar, al menos, hacia uno que no quieran recordar jamás.

Ese día la hermana pudo estar leyendo o jugueteando con su propio cuerpo. Cuando subió las escaleras hubo un golpe casual contra la cama al pasar, de esos que duelen terriblemente en las rodillas pero que se callan por torpes e inoportunos. A veces alguien se hace daño por estar distraído. Cuando en un traspie les sangran las manos contra las piedras y se levantan por sí mismos, puesto que estaban advertidos de que no deberían apurarse tanto, siguen sin detenerse, porque el orgullo, la cabezonería o la satisfacción de tentar a lo prohibido pueden más que las

heridas abiertas. También hay quien se gira y se redime a la advertencia y llora desconsolado, necesitado de ese apoyo, de ese guía que muchos requieren porque no saben o no pueden o no quieren avanzar rápido ni aguantar un pequeño dolor. Las heridas, cómo afrontar las heridas, definen más allá de la gravedad del corte.

Fue sencillamente una cama descolocada por un paso irracional de ella. Allí hubo un olor por encima de los demás olores. Se escuchó el crujido de una espalda y el tintineo borroso de un vaho que subía desde el estómago, bajo los tímpanos martilleados de aquella hora innombrable. Sonó alto y encharcó la nariz. Se hundió la boca dentro de sí misma con un aire bailado en una cavidad reverberante. Hacía calor por todas partes y se respiraba poco, atentos a no envenenarse por esos efluvios carnales.

El niño, aunque muy pequeño, ya se fijó cuando fue llamado en que la cama no estaba en su sitio. Llegó atento, nervioso, disciplinado, pero luego ya no reparó en que desde la estantería que colgaba arriba, bajo los balanceos de ella, estaba a punto de caer y descolgarse una muñeca con trenzas que vestía una ridícula pajarita. Los árboles, afuera, se decían cosas muy bajito. Se tranquilizaban y extendían. Se estiraban y daban un quejido, miraban con atención hacia los pequeños esquejes que ya se buscaban la vida y aprendían a ganchillearse dentro de una maceta o entre las piedras de un suelo que oprimía sus raíces. Los árboles observaban a los balcones y calculaban la distancia que los separaba de sus ramas. Advertían esa inclemencia con la que se suele avanzar hacia ellos, con ruidos, escombros y morteros, sin tacto. El niño giró su cabeza a disgusto, lenta, forzada ante un requerimiento

de ella. No parecía sonar demasiado lejos eso que retumbaba en los oídos como un rabioso tirón de orejas, pero que en la oscuridad podía ser cualquier cosa porque se había dejado marear hasta la inconsciencia y no le importaba que incluso le cambiasen las cosas de sitio o su propio rumbo. Bajo la cama: la linterna encendida. Sintió el ruido cada vez más cerca y le hizo estremecerse por su disonancia, por el compás alterado. Ella tenía la mirada fija, la mano tensa, la boca armada para enfrentarse a lo peor, para inventarse algún argumento o excusa. No se escuchaba otra cosa más que, en una estrecha torre de la plaza, las puntuales campanas que solían acabar con los juegos y los oídos de los niños. Una de ellas —la otra giraba el cuello en sentido afirmativo pero no sonaba— chirriaba desnuda en su propio eje, desubicada, inmunda, falta de badajo.

la otra mano